



Pastando entre cultivos

Los ganaderos Rodrigo Fernández, de Briones, y Jesús Ángel Martínez, de Villamediana, hablan de las dificultades del pastoreo en el valle, donde la convivencia con la agricultura es cada vez más difícil

Texto y fotografías: Ch. Díez

22

Cuaderno de Campo

Rodrigo Fernández es la quinta generación de pastores y, dice, la última.

No es lo mismo ser pastor en la sierra que en el valle. El mismo oficio y con idénticas dificultades entraña en el llano mayor habilidad para cuidar lindes, sortear fincas tratadas con herbicidas o amoldar el pastoreo al ciclo de los cultivos para aprovecharse de los restos de cosecha. El valle se va quedando sin rebaños (también la sierra, pero no tanto); hay ya 52 pueblos sin ovejas y se han perdido 80.000 cabezas desde principios de siglo. Los ganaderos Rodrigo Fernández, de Briones, y Jesús Ángel Martínez, de Villamediana de Iregua, hablan de las dificultades del día a día en un entorno donde la agricultura manda y cada vez hay menos espacio para la ganadería.

En Briones, en un montículo rodeado de cereal y viñedo hasta donde alcanza la vista, se levanta el corral en el que Rodrigo Fernández no solo guarda sus 722 ovejas chamaritas. Allí atesora los momentos, buenos, malos y regulares, más de estos últimos, que con el transcurrir del tiempo

han ido debilitando su pasión por el ganado. No porque le guste menos amamantar los corderos, poner pienso en las canales o rociarse los pantalones con el sebo de la lana cuando pasa entre las ovejas para echar paja en los corrales. Sigue intacta esa querencia que aprendió de niño de la

mano de su padre y que fue creciendo y creciendo hasta convertirla en su profesión. Pero los tiempos marcan un ritmo poco acompasado con las necesidades de un pastor. Unos tiempos en los que la agricultura y la ganadería, en lugar de complementarse, parecen ir en direcciones opuestas.

La presencia en el valle de pastores es una estampa que empieza a tornarse sepia, como si fuera un anacronismo en esos campos bien alimentados de abonos químicos y limpios de malas hierbas a base de *rondun* [Roundup]. Cada vez es menos frecuente que el abono provenga del estiércol de las ovejas y los llecos se mantengan limpios allegados por estos rumiantes.



La cabaña de ovino en La Rioja está menguando año tras año a un ritmo que de seguir así le queda poco más de quince años de vida. No, no es una exageración. Las cifras indican que entre 2000 y 2017 se han perdido más de 100.000 cabezas en la región. Hoy pastan entre sierra y valle 84.344 ovejas. Aunque en todas las comarcas ha habido bajas, en el valle, donde más ovino pastaba a principios de este siglo (122.000 de las 185.000 ovejas totales), se ha perdido el 62% del ganado. La caída de censos en la sierra ronda el 40% en este periodo y en la zona montañosa de Rioja Media es donde más estable se ha mantenido la cabaña, con una reducción de poco más de 2.000 cabezas.

Poco a poco se va igualando la distribución de ovino entre La Rioja de montaña y la del llano, aunque todavía es superior en el valle (46.061 ovejas frente a 38.283 de la sierra) y también los rebaños: pastan en el valle 180 por los 112 de las comarcas serranas.

Uno de esos 180 rebaños que pastorea en el valle es el de Jesús Ángel Martínez. Con el aspecto de niño grande que le dan sus ojos azulados y el cabello rubio, es fácil imaginarle de chaval correteando entre los corderos en el corral o acompañando de zagal a su abuelo Zacarías en alguna tarde soleada en las llecas cuajadas de tomillos por los alrededores de Villamediana. Suponemos que allí le contaría el abuelo cómo de joven,

igual de su edad, dejó su Hornillos natal y marchó de la sierra más sierra a buscarse el porvenir en el valle más valle y cómo empezó una nueva vida primero en Clavijo y ya definitivamente en Villamediana, donde echó la punta de ovejas con la que empezó esta historia. Aquella punta de ovejas, siendo ya un rebaño grande, pasó a manos de su hijo Carlos, y de éste, siendo un rebaño más grande aún, a su nieto Jesús Ángel. Hoy es un rebaño inmenso, de 1.600 cabezas que el joven ganadero maneja en redileo, un sistema poco frecuente en La Rioja. Su formación de ingeniero técnico agrícola y un primer trabajo al acabar la carrera, que le permitió conocer de primera mano las granjas de La Rioja, Navarra y Aragón, le han dado argumentos y conocimientos suficientes para hacer las cosas, dice, “a mi manera”.

Tiene el rebaño repartido en tres lotes: el medio centenar de ovejas paridas permanece estabulado en un corral en Murillo de Río Leza hasta que se destetan los corderos, y el resto van distribuidas en dos hatos de algo más de 500 ovejas cada uno que pastan en las jurisdicciones de Murillo y Villamediana. Están siempre a la intemperie, durante el día buscando pastos en la ribera del Iregua, la explanada entre Ribafrecha y Murillo, y todo el terreno que cae de Murillo hasta Agoncillo, y por la noche, recogidas en algún redil de la docena que tienen repartidos por toda la zona. Al cuidado de estos dos rebaños están José Luis y Víctor. “De momento estamos viviendo tres familias del rebaño, las de los dos pastores y la mía”, señala el ganadero en medio de un corral de cama limpia donde los corderos de días retozan entre sus madres.

Cada vez menos

Más de un tercio de los pueblos de La Rioja no tiene rebaño. De los 62 municipios sin ovejas, 52 están en el valle, y en Rioja Alta hay ya más localidades que no tienen ovejas (41) de las que las tienen (34). No hace falta que le demos este dato a Rodrigo Fernández, se lo sabe de memoria. No solo podría enumerar uno a uno el nombre, edad y localidad de sus colegas a medida que avanza la nacional 232 y la 120, es que lo hace y al concluir dice: “de los del valle seré de los más jóvenes y voy



Jesús Ángel y Víctor posan en una huerta próxima a Logroño.

a cumplir 40, así que te puedes imaginar el relevo generacional que hay. Hoy yo no le aconsejo a nadie que se meta con ovejas en el valle, ni loco, hasta los llecos que han estado toda la vida llecos están ahora sembrados". El ganadero de Briones habla por experiencia. Enfila su rebaño ladera abajo para salir de la cerca y toma la curva que le lleva a campo abierto con todos los perros alerta. Los colis sobreexcitados sin parar de mover el rabo; el mastín, en contrapunto, parece ir a cámara lenta. Ya en un camino mediano de ancho, el pastor se coloca en el orillo y los perros, unos metros antes y después, para que las ovejas vayan pasando ordenadas sin colarse en el sembrado. Y si acaso una se asoma, un silbido y los perros acuden vigorosos a persuadirla del intento. Y así sigue el camino metros y más metros, incluso kilómetros, sin que el ganado pruebe más *bocao* que algún matojo que se escapa de los lindes. "Cuando les digo a otros pastores que tengo que andar cuatro kilómetros para que coman las ovejas, sobre todo a los que viven en la sierra, me dicen que si estoy loco. Si por mucho que coman lo gastan en ir y venir... ¿Y qué hago?".

Si la ganadería extensiva se caracteriza por aprovechar los recursos del campo para alimentarse, lo que repercute en un ahorro de costes para el ganadero y la única vía para rentabilizar su explotación, en el valle, la intensidad de cultivo es tal que resulta difícil sacar todo el año las ovejas a comer al campo. "El problema que tenemos es que no hay producto en el campo", dice el pastor de Briones. Viña, cereal, cereal, viña, remolacha, más viña, alguna leguminosa, algo de colza. De las 3.000 hectáreas de cultivo en el término muni-

cipal no llegan a 200 de pastizales y erial y otras 300 de barbechos. "En noviembre las encorralo hasta marzo, señala. ¿A dónde vas a ir? Antes había remolacha y podíamos aprovecharla de octubre hasta marzo que terminaba. Ahora es como el cereal, viene la máquina, saca la remolacha, labran la pieza y ya está sembrado. Con el cereal pasa lo mismo: si toca un año normal, lo labran nada más cosechar y, si no, para la Virgen de agosto, echan el glifosato". "En Briones, remata, todo lo que no ves sembrado no vale ni para darle de comer a las ovejas."

En Villamediana, aunque la presión urbanística es mayor que en Briones por su proximidad a Logroño y ha restado algunos pastos en los años del *boom* inmobiliario, hay más terreno de pastoreo y mayor diversidad de cultivo que aprovechar. También el sistema de manejo en redileo ayuda a abarcar mayor superficie y un mejor aprovechamiento de los restos de cultivo y de los llecos, además de evitar largos desplazamientos al ganado.

Los herbicidas

Uno de los puntos de fricción en la convivencia entre agricultores y ganaderos es el herbicida. Los pastores denuncian su uso indiscriminado en zonas de paso del ganado y reclaman una mayor vigilancia por parte de la administración. La legislación es clara al respecto. Los agricultores tienen la obligación de marcar las fincas tratadas con productos fitosanitarios que sean tóxicos para el ganado, colocando banderolas de color rojo en postes de al menos metro y medio de altura, unas cuatro señales por hectárea. Y además prohíbe expresamente los tratamientos

en ribazos, caminos, linderos, zonas de paso y vías pecuarias.

"El problema no es que no marquen las fincas, que la mayoría las marcan o te avisan de que van a tratar, es que no tienen cuidado. Ahora ha entrado la moda de echar herbicidas en verano, pasan con las barras y le dan a todo, ribazos, acequias, cunetas... quemar todo para limpiar, dicen ellos. Si echan herbicida en su finca y la marcan no tengo ningún problema. Es su propiedad y pueden hacer lo que quieran. Pero en los caminos, no, porque las ovejas comen la hierba cuando pasan y luego vienen las consecuencias", señala Rodrigo. La consecuencia es la muerte de los animales, no al momento, sino poco a poco y sobre todo en los partos por el esfuerzo que realizan durante la gestación. "Te puedo asegurar que el 90% de las muertes que tengo en el rebaño son por el herbicida", dice rotundo el pastor, que remata: "En el valle no tenemos lobo, pero bastante lobo tenemos en forma de carro de herbicida".

Jesús Ángel abunda en el tema, destacando el papel complementario, más que de confrontación, que debería haber entre agricultores y ganaderos y los beneficios que la ganadería puede aportar a los cultivos; también el imprescindible aprovechamiento de los recursos que da la tierra para que las explotaciones de extensivo sigan existiendo. "Muchos agricultores te avisan de que van a labrar o a echar veneno para que te pases antes con las ovejas y lo aproveches. Hace dos años, cuando se quedó más de un millón de kilos de uva colgados de las cepas, les vino bien que metiéramos las 'vendimiadoras', dice refiriéndose a las ovejas. Y nosotros,

agrega, agradecidísimos porque hasta casi enero estuvimos comiéndonos las uvas, pero luego cuando yo no tengo comida en el campo, no me labres un rastrojo en la puerta de casa, no eches veneno donde sabes que estoy pastando...”

“La verdad es que a nosotros nos beneficia, pero también a ellos. Limpiamos el terreno y no solo dejamos las fincas libres de hierbas, es que sacamos las semillas de esas malas hierbas y también abonamos la finca. Todo lo bueno que tiene la tierra, microorganismos e insectos, lo están matando haciendo las labores en verano, y con el veneno, también a los mamíferos que pueden ayudar. Pasan el chisel y están levantando esporas de hongos, levantan la enfermedad del suelo y luego... a hacer más tratamientos”. “Tenemos que convivir”, apela, consciente de la inferioridad de condiciones en la que se encuentran los ganaderos, cada vez menos y con menos fuerza sindical para defender sus intereses.

Un ejemplo de la simbiosis entre agricultura y ganadería es el campo demostrativo puesto en marcha por la Consejería de Agricultura para ver la eficacia del deshojado de viña con ovejas. En los próximos días, cuando las uvas se encuentren en estado grano-guisante, poco apetecibles para el ganado, una punta de 200 ovejas guiadas por Rodrigo entrarán en el viñedo de un viticultor de Briones para comerse las hojas de la parra. Para valorar la eficacia de este sistema se va a realizar también un deshojado mecánico y otro manual en diferentes zonas de la parcela. El ensayo podría ser el germen de más actividades de pastoreo en el viñedo tanto en invierno como antes de la brotación de las viñas con el fin de reducir los laboreos, el uso de herbicidas y mejorar la actividad biológica.

El último fracaso

Entre los momentos malos, pero malos, que igual explican (o no) el pesimismo con que en este día nos recibe Rodrigo, está la última derrota que ha sufrido y que más que en el bolsillo le ha tocado directamente en el corazón. Ha sido uno de los ganaderos riojanos que ha apostado por la cría de ovejas Chamaritas, contribuyendo al mantenimiento de esta raza autóctona de La Rioja, el único ganado oriundo de nuestra región. Si hace ocho años echó

a andar la Agrupación de Productores de Cordero Chamarito (Procorcha) para vender con etiquetado facultativo los corderos de esta raza, hace unos días se ha disuelto la asociación al no reconocer ya la Unión Europea esta figura de calidad. La disyuntiva ahora es dar un paso adelante y conseguir una denominación de origen o una indicación geográfica, o bien desandar el camino e ir cada ganadero por su lado.

Hoy Rodrigo está de que no y de su boca se escapa un dolorido “que no se puede hacer nada con los ganaderos y se lo digo al rey si se pone aquí delante”. Sabe de lo que habla, fue presidente de Procorcha y lideró también la puesta en marcha de OVIGU, la asociación de ganaderos de ovino creada por la Unión de Agricultores y Ganaderos de La Rioja (UAGR) para comercializar la lana en común, además de ser responsable del área ganadera de su sindicato.

“Las ovejas me gustan más que comer con los dedos, he tenido mucha ilusión, pero hoy no sé si llego a mileurista. Soy la quinta generación de pastores y va a ser la última, eso te lo aseguro,” dice rotundo Rodrigo.

En el tintero se quedan muchos temas que suponen un quebradero de cabeza para los ganaderos, como los bajos precios de venta de los corderos y la competencia en el mercado local de canales de otros países con los que no pueden competir; las exigencias medioambientales que la Unión Europea ha impuesto a los agricultores para cobrar el pago verde que impide a los rebaños aprovecharse de determinados barbechos considerados “superficie de interés ecológico” (menuña paradoja); el aumento de la producción de 40 a 60 corderos por cada 100 ovejas si quieren cobrar la ayuda asociada al ovino para reducir el riesgo de abandono de la actividad productora; el ataque de la fauna salvaje que también se sufre en las zonas más próximas a la sierra; el insuficiente apoyo institucional y sindical para solventar los problemas específicos de la ganadería del valle... Una larga lista de temas que urge abordar para poner remedio a esta sangría de censos y preservar un manejo ganadero sostenible y apegado a la tierra, muy en la línea de lo que las políticas agrarias quieren, en teoría, para el futuro del campo.



Rodrigo Fernández sale a pastorear su rebaño en Briones.



El rebaño aprovecha los restos de la cosecha de berzas en la ribera del Iregua.



Jesús Ángel Martínez, en su corral de Murillo de Río Leza.

